

OTROS TIEMPOS, OTROS LUGARES



RUSKIN EN LA SELVA - Templo de Ta Phroom, Angkor (Camboya)

jesús lópez araquistain

Me había levantado a las cuatro de la mañana. Estaba, a oscuras, en pleno silencio y medio dormido, pensando si compensaría el madrugón. Y vaya si compensó; una luz sutilísima comenzó a iluminar la escena, mientras la banda sonora reproducía el canto de un insecto? inidentificable. Al solista se fue sumando toda el arca de Noé, hasta formar un estruendo tremendo que saludaba a un nuevo amanecer. Veía ya lo suficiente como para darme cuenta de la extraordinaria amalgama de naturaleza y arquitectura que me rodeaba, un caos formado por gigantescos muros y árboles que se abrían paso a través de ellos. Estaba en medio del templo de Ta Phroom, la pesadilla de un patólogo de la construcción y una de las imágenes más fascinantes que recuerdo de edificio alguno, aunque fuera un edificio derrotado y casi engullido por la selva.

La civilización khmer surgió en el siglo IX, y la habilidad constructora de sus reyes fue prodigiosa. Los grandes embalses que irrigaban sus campos de arroz, las ciudades y los edificios formaban parte de un sistema perfectamente integrado (ordenación de territorio, urbanismo y arquitectura). La arquitectura era una actividad sagrada, llena de simbolismos y contenidos cosmogónicos. A la potente influencia india se sumaron pequeños detalles de la china, dando como resultado una expresión peculiar de la serenidad y el orden, basados en la utilización del doble eje de simetría y la repetición del mismo tema a diferentes escalas, desde la torre hasta el pequeño adorno de una cornisa. A partir del siglo XV, fecha de la decadencia khmer, la naturaleza recuperó sus antiguos terrenos. Quedó a salvo el gran templo de Angkor Vat al mantener su actividad como monasterio budista. El resto, cientos de edificios,

ofrecerían un aspecto parecido al templo de Ta Phroom, donde me encontraba. Así los conocieron los viajeros portugueses, españoles y franceses que por allí pasaron del XVI al XVIII. Pero es a partir del XIX cuando, gracias a los grabados de Louis Delaporte, una Europa deseosa de exotismo se maravilla ante las imágenes de cabezas gigantes surgiendo entre las lianas.

La administración francesa emprendió la tarea de restauración de los templos a partir de 1931. Construidos sin argamasa, la vegetación había conseguido convertir los sillares en piezas de un gigantesco rompecabezas que era preciso descifrar y reconstruir desde los cimientos. La tarea no ha concluido ni mucho menos, y la selva envuelve todavía la mayor parte de las construcciones khmer, hoy por hoy inaccesibles. En los trabajos actualmente en curso se aprecia la laboriosidad de la tarea, empleando rodillos de madera para el desplazamiento de los pilares, como se aprecia en la imagen adjunta.

Pero las autoridades arqueológicas decidieron que un templo se "salvaría" de la restauración, y se ofrecería a los visitantes con el mismo aspecto que tenía cuando se encontró, sin interrumpir la labor de deglución por parte de la selva, aunque la desaparición total fuera el destino final del templo. Excuso decir que la visita al Ta Phroom desde el punto de vista didáctico es un muy apreciable complemento a la de los templos reconstruidos. Pero también es la más emocionante, la que más directamente impresiona nuestros sentidos. La decisión parece acertada, pero en este caso era relativamente fácil; el sacrificio de un templo cuando se dispone de muchos. ¿Qué pasaría si se dispusiera de un solo monumento? ¿Sobreviviría Ruskin en la selva?



juan diez del corral

BURBUJA

Una de las noticias fatales que recibimos cuando nos hicimos adultos es que el dinero valía dinero y que, por lo tanto, el dinero también producía dinero, por lo que con tener cierta cantidad de dinero se podía seguir ganando dinero, y se podía vivir sin necesidad de trabajar. La percepción del mundo se nos alteró entonces sustancialmente, porque lo que creíamos que era sólo un valor de mediación en forma de número, resultaba ser, además de ello, un bien susceptible de mercado y una máquina autorregeneradora de sí misma.

El momento histórico en el que el dinero dejó de ser un valor de cambio para ser también esas otras dos cosas, es difícil de precisar, pues según parece, fue consecuencia de un largo proceso a través de los siglos.

Sin embargo sí que parece ser histórico el momento en que el dinero ha dejado de valer dinero y de hacer dinero, pues el derrumbe de los tipos de interés hasta cifras próximas a cero puede datarse con cierta precisión en el último cambio del milenio.

Según las reglas del mercado, cuando las cosas dejan de valer dinero es porque hay sobreabundancia de ellas, así que si el dinero ha dejado de valer dinero es porque debe de haber dinero a manta.

De la fatalidad de esa noticia recibida en nuestro proceso de aprendizaje (y de decepción) podríamos habernos librado ahora para siempre, si no fuera por la mutación que el propio dinero ha producido en un ente próximo y querido para algunos arquitectos, un ente que, por su imperfección mercantil, siempre había estado en un segundo plano de la economía: la ciudad.

Según la mutación habida, ahora es la ciudad la que produce mera ciudad sin otras necesidades aparentes que la de sustituir o la de emplazar al dinero que producía dinero. No se hacen ni compran calles y viviendas porque se necesitan como partes de la ciudad que crece, sino que se hacen y compran por inversión, pues según el tradicional mercado inmobiliario, el dinero puesto en pisos siempre venía a dar tanto dinero como el que se ponía en el banco a plazo fijo. El problema ahora es que al desaparecer los dineros a plazo fijo, todo va a inversiones en pisos.

A esa mutación milenarista los medios de comunicación le llaman "burbuja inmobiliaria" porque al igual que las pompas de jabón, se espera que revienta tan pronto como se supe la tensión superficial de su materia constitutiva.

La gente que tiene dinero tiene miedo al reventón y hace pronósticos o expresa sus deseos. Sin ir más lejos, nuestros promotores riojanos, tratando de confundir su predicción con su deseo, dicen en el último número de su revista CONSTRUVIDA que no va a reventar nunca, y maldicen a los agoreros que puedan decir otra cosa, ...por si acaso con ello la hacen estallar antes de tiempo.

No es por ganarme su aprecio ni mucho menos, pero fatalmente creo que tienen razón porque, puestos a pensar en la materia constitutiva de esa burbuja hecha con dinero y ladrillos (en vez de jabón) no acierto a adivinar cómo y por dónde se puede romper.

En primer lugar es difícil pensar que la idea del dinero que vale dinero y que hace dinero, encuentre en breve plazo de tiempo otro territorio tan fértil como el que ha encontrado en la producción de ciudad; y en segundo lugar, los ciudadanos están tan curados de espanto que, mientras que la crítica urbana esté bajo control, aguantarán cualquier ciudad que se les eche con tal de tener un cochecito para moverse por ellas sin tocarlas o para escaparse compulsivamente de su perímetro más o menos informe, los fines de semana y vacaciones.

Si el libro de los libros ya nos instrúa en que trabajar era un castigo (o una humillación) por aquel primer pecado de Adán, al enterarnos de que el dinero podía hacer dinero, y que por ello algunos podían vivir sin trabajar, el trabajo se volvió aún, mucho más humillante.

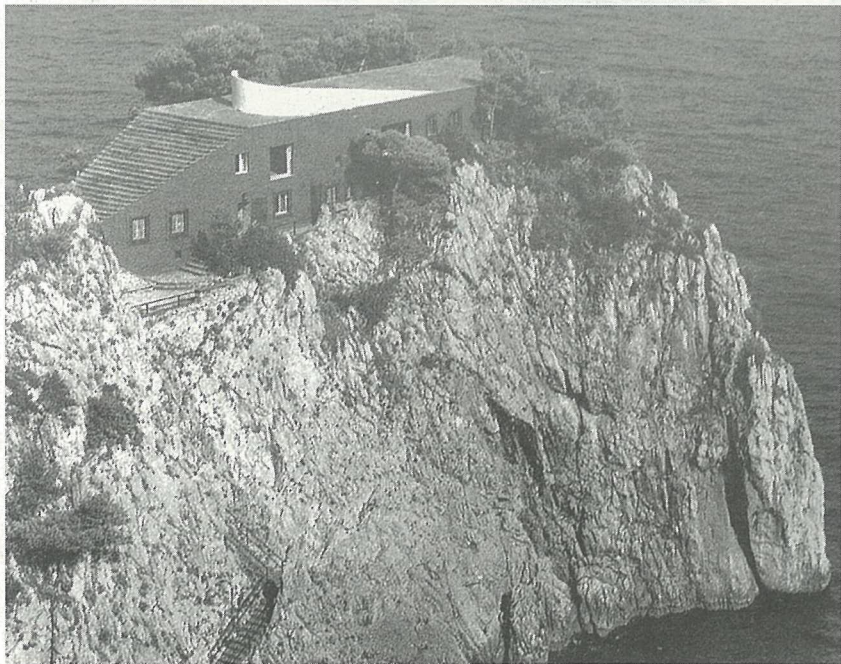
Del mismo modo, al saber ahora que la ciudad se genera fundamentalmente para hacer dinero, el trabajo de pensarla o de defenderla en sus valores cívicos y formales ya no es que sea humillante, sino que es completamente estéril.

Así que, a ese pensamiento del ser de las cosas que no tiene nada que ver con el dinero que vale dinero y que hace dinero, ni con la ciudad que se produce para invertir, no le queda sino la modalidad de la contemplación.

Y de entre las cosas a contemplar, bien es verdad que las burbujas siempre han sido fascinantes.

pepe garrido

EL LAGARTO ROJO



Viajar a Nápoles tiene algo de aventura, sea por la mala fama que continuamente los noticiarios se encargan de mantener, como por el hecho incuestionable de que lo interesante de Nápoles no es la ciudad, primordial para un viaje de arquitectos, sino los napolitanos y el enorme ruido que producen.

Sus verborreas interminables y gestuales remiten a tiempos pasados donde el dominio de la conversación era el mejor entretenimiento para los humanos. Los escapes incontinentes de sus vehículos abollados, sólo entran en sintonía con las bocinas de coches y motorinos, cabalgados éstos por auténticos centauros que consideran derogado el código de la circulación. Y todo ello ambientado en una escena compuesta por calles estrechas y edificios envejecidos y altos.

La consecuencia es una ciudad densa como Calcuta, y oriental y ruidosa como los mercados de Estambul. Casi el viaje es más de interés antropológico que arquitectónico.

Sin embargo el viaje será apasionante, no sólo por lo que de su programa de visitas se desprende, sino porque la vitalidad de esa población debe ser experimentada. Lo que puede ser considerado odioso en el primer encuentro con la ciudad, termina enganchando al viajero, que lamentará finalmente la brevedad del viaje.

Nápoles y su región, o su bahía si se prefiere, es la herencia de la historia más rica que queda en Occidente. De los últimos episodios que le ha tocado vivir a la ciudad, probablemente el más doloroso fue la ocupación alemana, de la que fue liberada en el año 1944 por las tropas aliadas. Estas encontraron una ciudad en ruinas y dos millones de habitantes famélicos que habían conseguido sobrevivir recurriendo a lo inconfesable. Y eso marca.

La degradación moral y social a que se vieron abocados los napolitanos, como consecuencia de la guerra y la posguerra, está reflejada en "La Piel" obra de Curzio Malaparte escrita en 1949.

Este, cuyo nombre real era Kurt Sucker, había nacido toscano (Prato - 1898) de padre alemán. Inicialmente fascista y después antifascista, se hizo construir en Capri, en la Punta Masullo, una casa racionalista según el proyecto de Adalberto Libera, entre los años 1938 y 1943. Una casa que nos está esperando.

Capri es una pequeña isla situada en la punta más meridional de la bahía de Nápoles. Famosa por ser residencia veraniega de algunas de las grandes fortunas europeas y destino del viaje de los recién casados, realmente y contra lo habitual, es más bonita vista de cerca que en foto. Allí estuvo (quedan sus ruinas) la impresionante villa de Tiberio, edificada sobre el acantilado más alto del lugar, y con dominio sobre la propia isla en que se asienta y la bahía completa de Nápoles, Vesubio incluido.

Pues allí Malaparte compró una roca en 1936, que entra en el mar a modo de pequeña península, un lugar inhóspito y de difícil acceso que quedaba casi aislado del resto de la tierra firme. Sobre esta roca Libera le construyó una casa Racionalista, que como no se podía esperar de otra forma, renunciaba a los sistemas constructivos y tipológicos propios del lugar.

La casa, es un prisma biselado de color rojo pompeyano, tumbado sobre la roca. Su eje mayor sigue la cresta del promontorio alargado de forma que desde el interior se goza de vistas hacia ambos lados de la costa. En cierto modo su volumen trae memorias marinerías. El gran salón proyectado, en la proa del navío, tiene cuatro ventanales de distintas formas y tamaños, de modo que el encuadre del paisaje sea diverso en cada uno de ellos. La cubierta, a modo de azotea, es accesible por una amplia escalera de planta trapecial y se convierte así en una tribuna sobre el mar.

Si algo se puede afirmar con rotundidad es que la casa no buscó la mimesis con el paisaje, por el contrario el contraste es más que notorio, y sin embargo ha sido aceptada por su emplazamiento privilegiado, como un objeto que lo corona y lo remata.

Consta de tres plantas y la azotea. En la más alta de todas se desarrollaba el apartamento del escritor, mientras que en las inferiores se alojaban los invitados y el servicio. La azotea dispone de un muro curvo para protegerla de las vistas desde la isla.

Malaparte gozaba llamando a su casa "La casa come me"; tan de su gusto era. De hecho en la azotea pasaba innumerables horas tostándose al sol, como un lagarto, como el lagarto rojo, inmóvil bajo el sol, que la propia casa es.

rosa ugarte

CARGA Y DESCARGA

Una maldita leucemia nos hizo ir hace poco a Madrid a dar el último adiós a una amiga, compañera de carrera, y de juergas, desde el primer curso.

Hospital de la Princesa. ¿El mortuorio?

Busque usted la puerta de urgencias y a su derecha verá una rampa al fondo de la cual verá unas enormes botellas de oxígeno cubiertas con una "bonita" tejavana de fibrocemento y a la izquierda encontrará usted la puerta del mortuorio.

Si no la ve usted, mire bien, que seguramente sea por las enormes jaulas de ropa sucia que están amontonando junto a la puerta.

El mortuorio era un cuchitril enano y con los calores estivales madrileños la única que no sufría ni padecía allí era mi amiga, la muerta.

Así que la gente se salía fuera buscando una sombra, con la mala fortuna de que el único sitio a la sombra era el lugar en el que seguían amontonando las enormes jaulas de ropa sucia.

Había otro lugar a la sombra: la rampa.

De manera que allí nos tuvimos que quedar todos, inclinados en la rampa por no tener fuerzas ni ganas de luchar contra las jaulas, o contra los operarios que llevaban las mismas, cuyos malos modos iban a juego con lo siniestro del lugar.

Camino del crematorio me preguntaba qué habría salido antes, si el coche funerario con mi amiga o el camión con las jaulas.

Todas las fachadas del hospital están con andamios y en uno de ellos hay un cartel en el que pone los miles o millones de euros que se están gastando en remozar las fachadas.

Que les queden muy bonitas. Espero no tener que volver a comprobarlo.

Del cura que ofició la ceremonia en el crematorio y de su "morada eterna" también habría algo que decir, pero no me quiero meter en asuntos divinos. Tan solo que sólo le faltó repartir folletos del "piso piloto" que la mamá (mi amiga) había ido a preparar a la "última morada", para que sus hijos y marido fueran después.



Retomamos el curso escolar y volvemos a las colecciones por fascículos de los temas más inverosímiles. Entre ellas la que se inició en EL HALL para llamar la atención, gota a gota, de los elementos arquitectónicos de interés que se encuentran totalmente desprotegidos de la vorágine del tiempo.

Al terminar el curso pasado tuve que visitar, en esta ocasión a mi pesar, una de las zonas de la ciudad por donde más a gusto he paseado en otras ocasiones, el Cementerio Municipal.

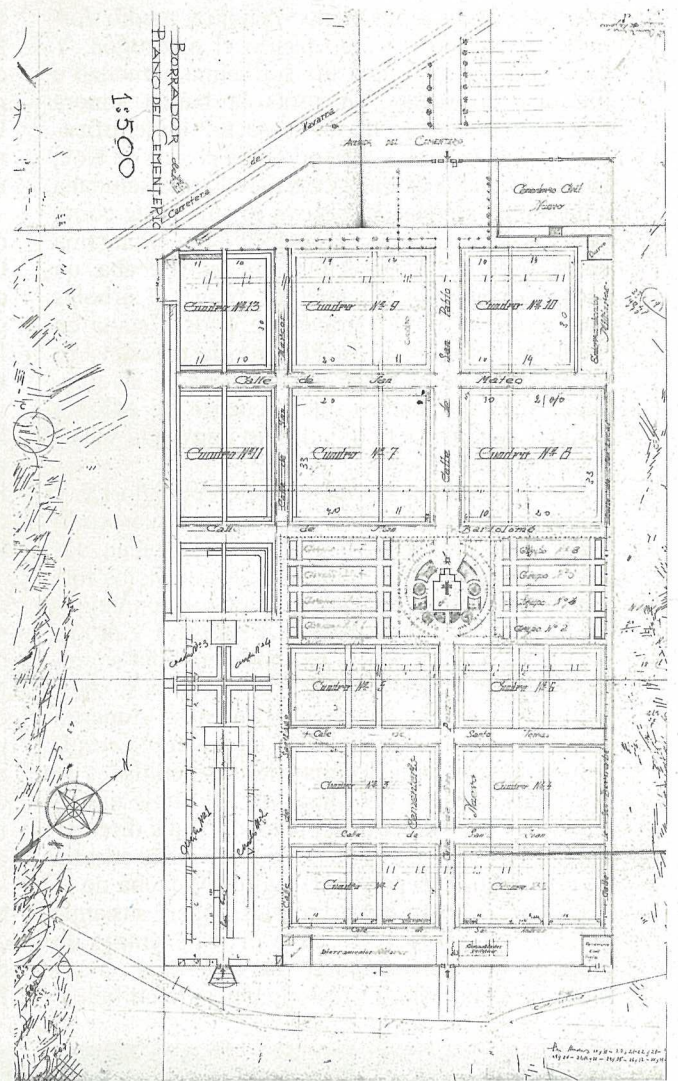
Sin ser tan famoso como los de Estocolmo o Módena, Buenos Aires o París, al menos el nóbel Cela lo cita en "Mazurca para dos muertos" donde dice que "... en el cementerio municipal de Nuestra Señora del Carmen, es como llaman al camposanto en Logroño, casi nadie lo sabe, ...". Yo desde luego no he visto ninguna referencia a ese nombre.

Desde hace mucho tiempo me ha venido pareciendo uno de los parques más hermosos de nuestra ciudad, y por supuesto más tranquilo, en el que sus habitantes nos van saludando a nuestro paso, en silencio, y contándonos pequeños retazos de sus extintas vidas.

En sucesivas visitas he ido descubriendo rincones, elementos, espacios, que fueron cambiando mi visión sobre el lugar, hasta entenderlo como una parte de la ciudad, incluso como una ciudad autónoma, o si queremos como la ciudad al otro lado del río, al otro lado del espejo.

Cuando hace algún tiempo Luis Carandell vino al colegio a hablarnos no recuerdo muy bien si sobre ritos en general o ritos funerarios en particular, no pude por menos que contarle la costumbre que existía de acompañar al cortejo hasta el Puente de Piedra, punto a partir del cual el féretro continuaba en compañía sólo de los más allegados, potenciando el papel del río como frontera entre la vida y la muerte.

La ubicación del cementerio no parece sin embargo fruto de una planificación metafísica, sino de la mera oportunidad. Cuando en el s.XIX las disposiciones sanitarias obligaron a sacar los cementerios de las ciudades, el Ayuntamiento acordó con el cabildo de Santa María de Palacio utilizar el cementerio que éste había construido a comienzos de ese siglo al otro lado del Ebro, pagando para ello un censo de 500 pesetas anuales que se extinguió más allá de 1.970.

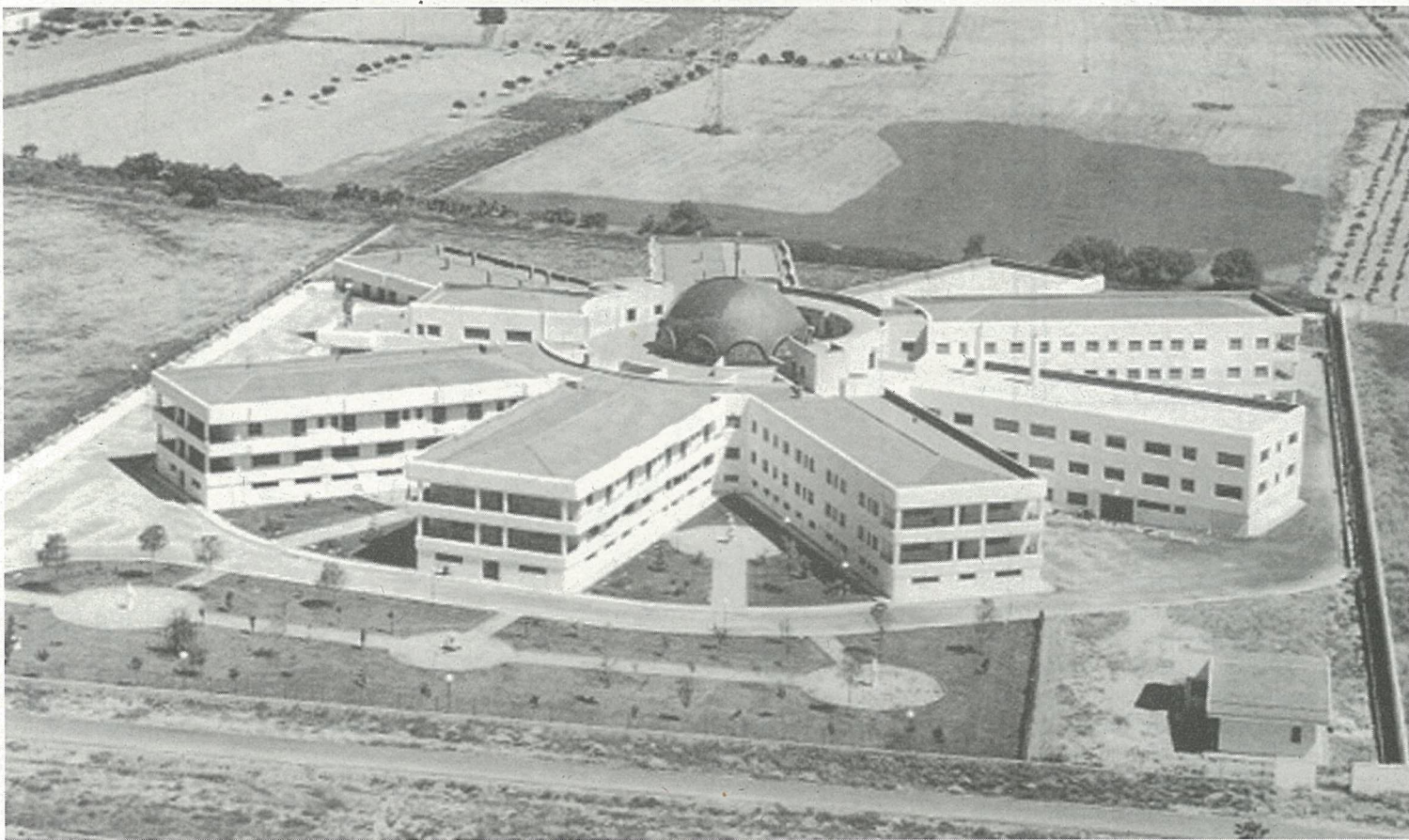


Borrador del plano en planta del Cementerio Municipal, años 50

Este núcleo inicial, lo que sería el casco antiguo, es perfectamente distinguible en el conjunto actual. Se ubica en la zona suroeste, junto a la carretera de Mendavia, y se articula sobre un esquema de cruz latina, o de calle principal y transversal, observándose la traza de la capilla que lo presidía, si bien es verdad que pudiera ser a su vez fruto de dos fases: la avenida al sur primero y una ampliación en forma de cruz griega al norte.

ARQUITECTURA Y VEJEZ / 1

Juan Diez del Corral



f1

1. Asilo prisión

Hace unos cinco años encontré en una revista editada por el Colegio de Arquitectos de Extremadura (Oeste 11/12, pag. 106) las plantas y las fotografías de un asilo en Badajoz construido hacia 1983 en medio del campo con la tipología de un panóptico de nueve brazos (f1). El aislamiento del edificio respecto a cualquier calle y el hecho de que los panópticos hubieran sido las tipologías preferidas durante más de un siglo para la construcción de cárceles, me horrorizó en tal manera que tuve que echar mano de la ironía para descargar mi desazón: "ser viejo en estos tiempos parece ser una maldición, pero serlo en Badajoz, a tenor de la interpretación de este compañero, ha pasado a ser delito" (comentario en ELhALL, Boletín Oficial del Colegio de Arquitectos de La Rioja n° 4, Abril 1995, pag. 2).

La imagen era ciertamente cruel, pero como pude comprobar poco después consultando la Historia de las Tipologías Arquitectónicas de Nikolaus Pevsner (ed. GG) no era una exclusiva de nuestros tiempos. La propuesta de Antoine Petit (f2) para el nuevo Hotel-Dieu (el hospicio más conocido, y quizás también el más espantoso de Europa) consistía igualmente en una planta en panóptico con seis radios, que a su vez parecía inspirada en una planta de Hospital de Antoine Desgodets de finales del siglo XVII o en el proyecto ideal de un hospital del tratado de L.C Sturn de 1720. Claro que un asilo de jubilados del último cuarto del siglo XX no es lo mismo que un hospital neoclásico ni nada parecido a

una institución tan compleja como el Hotel-Dieu parisino donde se amontonaban todo tipo de infortunados. La elección de la planta radial de pabellones con un sala central, estaba justificada en aquellos viejos proyectos porque la sala central donde convergían los pabellones funcionaba como una torre de ventilación.

Tanto para las prisiones como para los hospitales, el famoso tratado de J.N.L. Durand, publicado a partir de 1802, proponía tipologías ortogonales articuladas en torno a patios o a series de pabellones (f3), y reservaba la planta en panóptico sólo para el uso de biblioteca por las posibilidades simbólicas de la cúpula central (f4), espacio solemne que se repetirá incluso en algunas de las bibliotecas más famosas del siglo XX sin la necesidad siquiera de extender el edificio mediante brazos radiales (como la de G. Asplund en Estocolmo). Sea como fuere la influencia de los tratados en las soluciones finalmente adoptadas, el caso es que la mayoría de los hospitales del siglo XIX fueron construidos según la tipología de pabellones seriados o articulados, pero no así las cárceles donde verdaderamente triunfó la planta en panóptico por una simple cuestión funcional: si el panóptico se define como el edificio de pabellones radiales cuyo interior es visible desde un sólo punto central, las posibilidades de la vigilancia de los reclusos desde tan ventajosa posición eran innegables. El citado libro de Pevsner lo ejemplifica mediante unas cuantas prisiones esparcidas por el mundo, con cuatro, cinco, seis, ocho y más pabellones radiales (f5); pero dada la proximidad

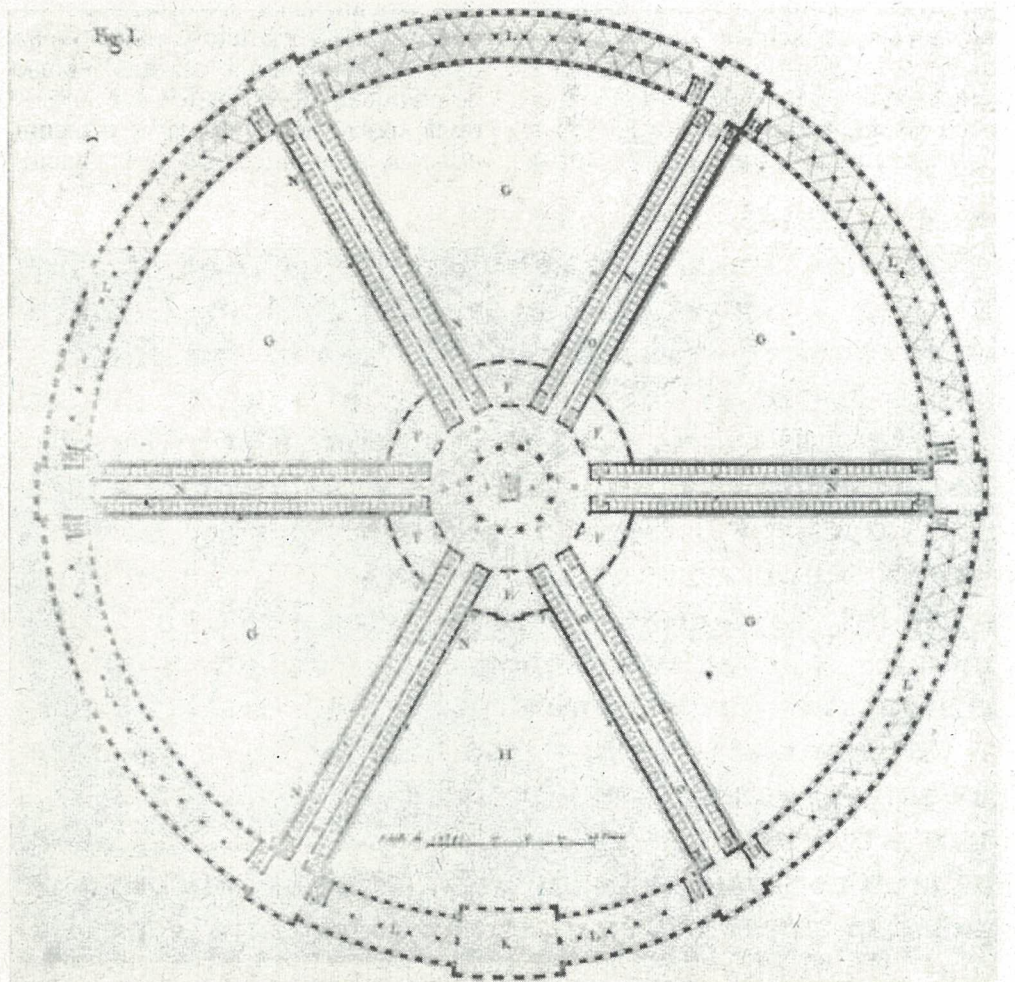
visual de la cárcel modelo de Barcelona no es necesario ir más lejos para establecer la similitud entre una prisión de origen ilustrado y el asilo de ancianos del que venimos hablando. La única diferencia es que en nuestro asilo de Badajoz el espacio central de articulación de todos los pabellones no es un centro de control de entradas y sa-

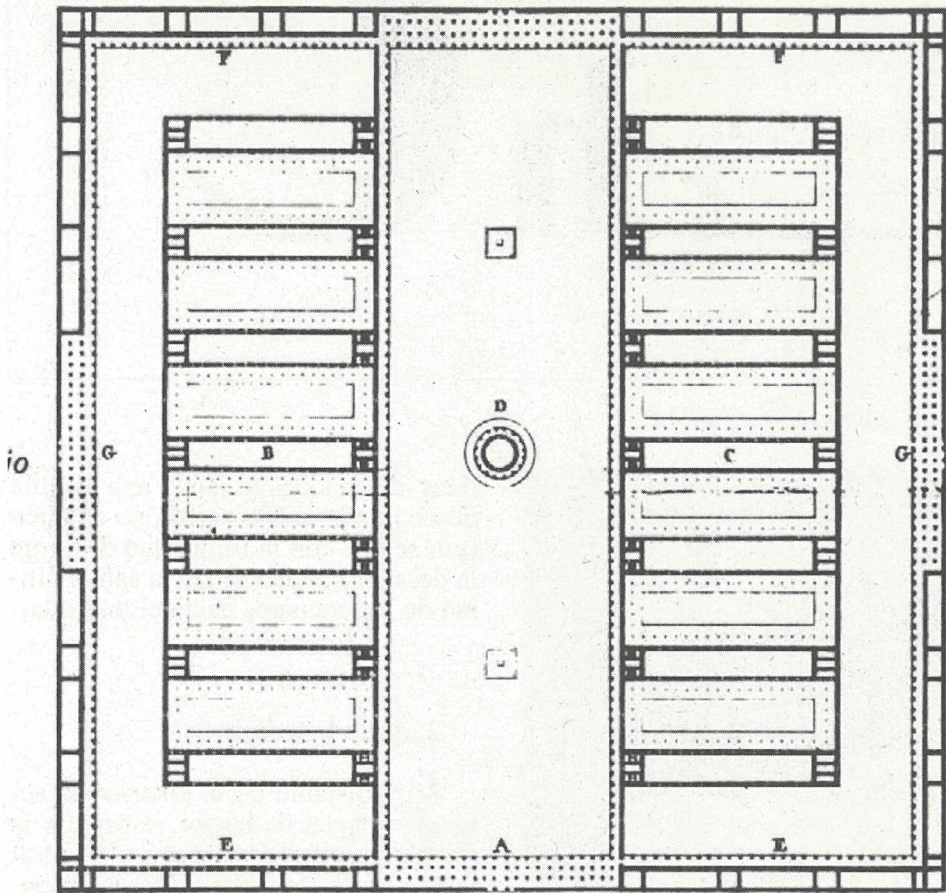
lidas de las celdas sino una capilla desde donde el Dios cristiano católico (por seguir con la ironía que descarga la desazón) administrará la salida última de los ancianos hacia el más allá.

2. Asilo boutique

Muy distante de la anterior, la segunda imagen de horror respecto a la arquitectura de la vejez con la que trato de abrir estas reflexiones, la encontré en las fotos de los interiores de una Residencia de Ancianos en Madrid construida en 1990, y concretamente en la imagen publicada en la página 76 de la revista Arquitectura n° 281 del Colegio de Arquitectos de Madrid (f6). La estética minimalista y depurada de este interior diríase que responde a las exigencias de las tiendas o boutiques más caras de la moda, por lo que cuando la ví por primera vez mi imaginación se enredó en desentrañar las confusas sensaciones que podría producir un ambiente así en un anciano o una anciana española con todo el duro siglo XX a sus espaldas. Los arquitectos siempre publican sus obras en sus revistas de arquitectura sin la presencia de gentes o de los enseres vitales que precisan los edificios; los fotografían en general como si fueran esculturas pristinas, por lo que en este caso, la presencia de un decrepito anciano en tan artístico ambiente se me hacía más difícil aún de imaginar que sus sentimientos. No le ocultaré al lec-

f2





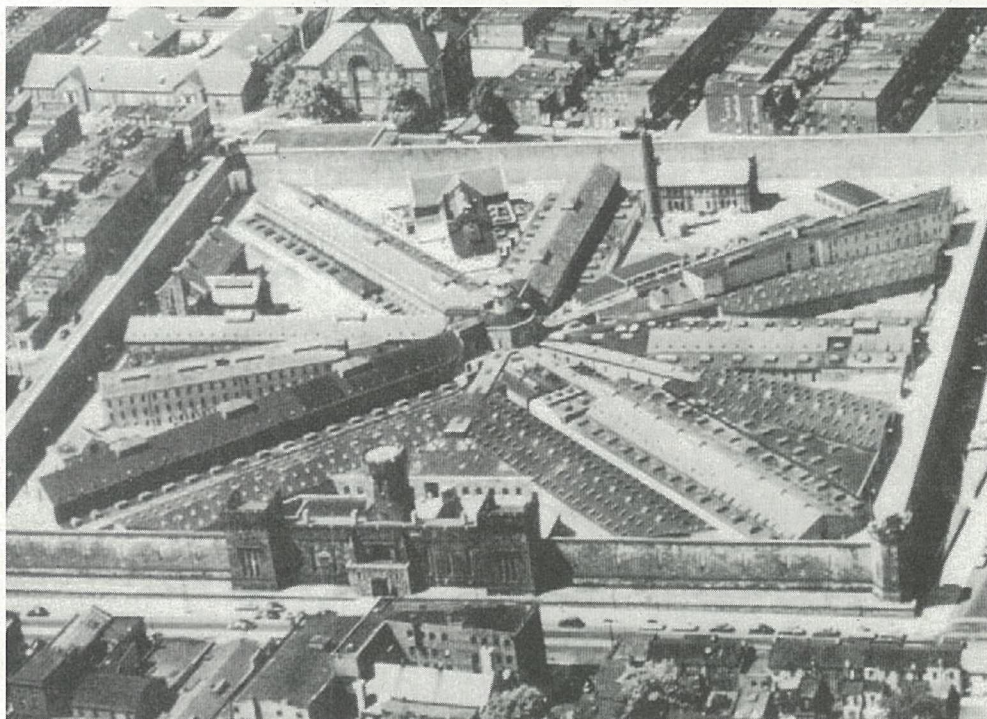
f3

tor la anotación que hice bajo la foto para aliviar también mi irritación: "pobres ancianitos, cuando vean estas cosas pensarán que ya se han muerto..."

3. El asilo sin atributos

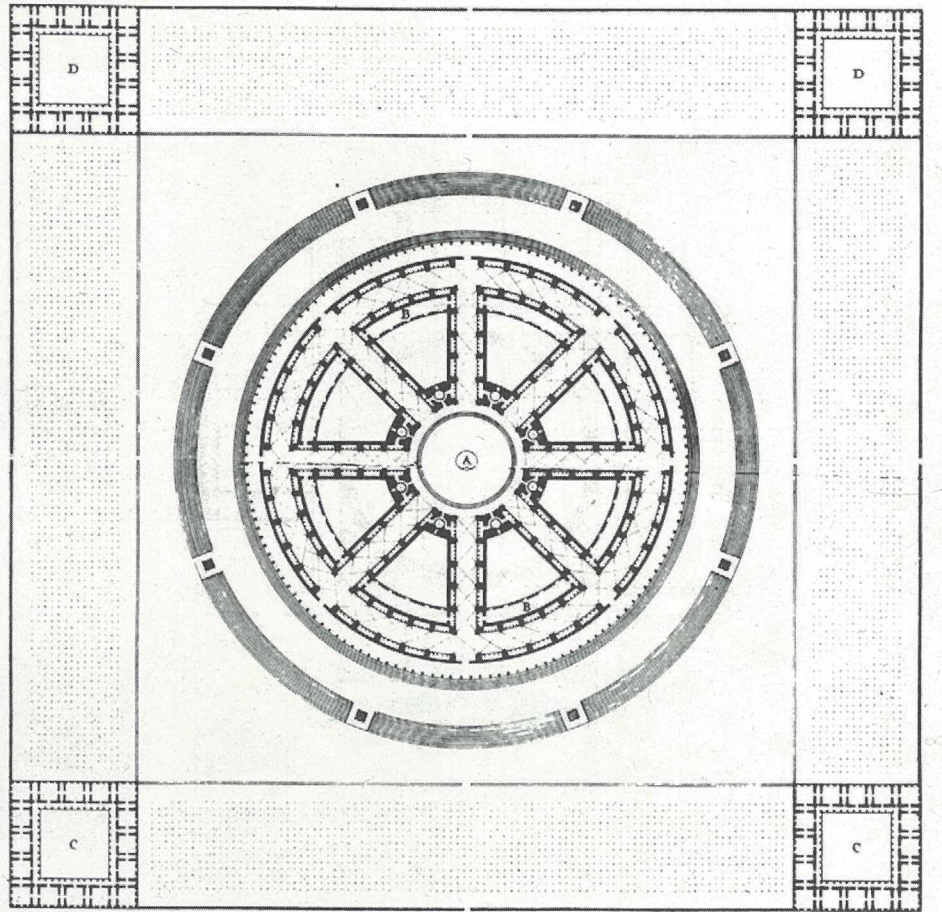
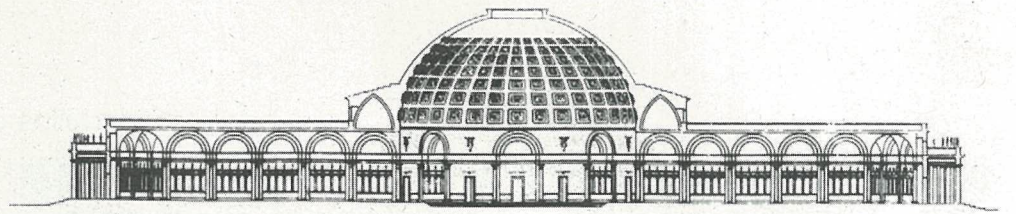
Tengo un ciento más de imágenes de la pobreza arquitectónica de nuestro tiempo en los edificios destinados a albergar a los ancianos, pero estas dos que he traído aquí, la del asilo prisión y el asilo boutique, son suficientemente significativas no sólo de la indigencia de la arquitectura moderna sino de la ausencia casi absoluta de una reflexión previa sobre el papel del anciano en la ciudad o sobre su condición de persona que habita un lugar. En un fugaz repaso sobre los escasos edificios de asilos publicados en las revistas de arquitecturas de nuestro país puedo decir que nunca nadie los identificaría como tales y que en las formas de sus fachadas o de sus interiores sólo acogen los tics formales del estilo del autor o del estilo de la época, asemejándose por lo general a informes masas de apartamentos turís-

f5



ticos o descompuestos bloques de viviendas, cuando no a pulcros edificios de almacenaje o de carácter neoindustrial. La mayor parte de ese muestrario pertenece a arquitectos sin mucho renombre, pero dos de los asilos más conocidos por la fama de sus arquitectos, el de Blackheath de James Stirling en 1960 o la Guild House de Robert Venturi de 1961 bien podrían pasar por unos laboratorios farmacéuticos o por un convencional edificio de viviendas (f7 y f8).

En aquellos asilos previos a la modernidad, esto es, anteriores a la Primera Guerra Mundial, aparecen sin embargo un par de símbolos evidentes: uno, el carácter de institución social o de gran equipamiento comunitario diferenciado; y dos, la capilla de la orden religiosa propietaria que suele presidir la fachada y la ordenación de la planta. A partir de esa fecha, y sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial en la mayoría de las residencias para ancianos construidas por toda Europa, los edificios carecen no ya de este par de símbolos, sino incluso de cualquier tic estilístico del autor o de la época. Son, con mayor o menor eficacia, pura ingeniería de la funcio-



f4

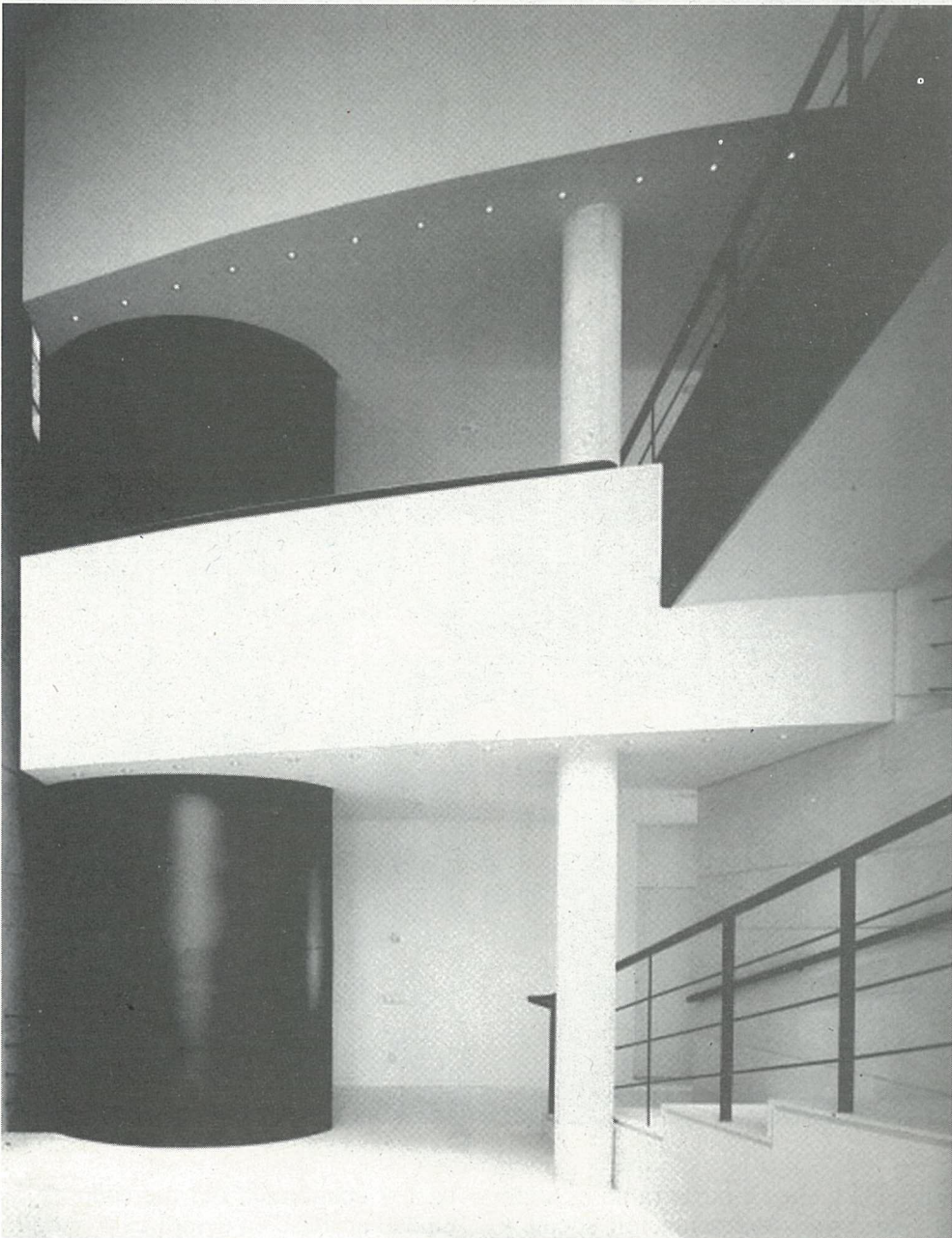
nalidad en el almacenamiento de ancianos (vease al respecto el manual "Viviendas para la tercera edad" de Konrad Schalhorn, ed. GG 1977). Una ausencia simbólica o ausencia de arquitectura que Robert Venturi lleva hasta las últimas consecuencias y la convierte en teoría cuando acepta en "Learning from Las Vegas" que su edificio de apartamentos para ancianos sea feo y ordinario por contraposición a los ridículos intentos de una arquitectura heroica y original de un Paul Rudolph, por ejemplo. El mérito de Venturi por teorizar la banalidad es innegable pero quizás por ello la historia de la arquitectura le ha condenado casi al olvido o, mucho más perversamente, ha tomado sus teorías como una originalidad más, tan propia de un artista.

A tenor de esa ausencia de expresión arquitectónica podría decirse que la vejez no constituye en nuestros días un estamento diferenciado digno de representación urbana. Los viejos en nuestra sociedad no serían más que habitantes con otras necesidades de vivienda (por lo general con menos espacio) y sus viviendas o residencias apenas se diferenciarían de las de los otros grupos de edad. En la Historia de la Vejez de Georges Minois (libro tostón donde los haya) se cuenta que la Edad Media parece ser la época en la que la vejez no está tan diferenciada de las otras edades del hombre, y en que la vida aparece más bien como una unidad sin separación de etapas. No he llegado hasta nuestro siglo en su repaso histórico de la vejez ni creo que llegue nunca al final de los libros de Minois porque están escritos como esos artículos de los suplementos sema-

nales en los que un periodista va yuxtaponiendo las declaraciones de un chiquilicuatri con las de un experto o con las de uno que no sabe nada del asunto sin solución de continuidad; pero como observador de mi época, me parece innegable que la vejez es en estos tiempos una etapa de la vida clarísimamente diferenciada por esa cesura llamada jubilación o finalización de la actividad laboral y comienzo del cobro de pensiones que los Estados del Bienestar han fijado en la edad de 65 años.

Como demuestra la arquitectura de los últimos cincuenta años, los ciudadanos de esa clase perfectamente diferenciada socialmente no han tenido un puesto claro en cada una de sus ciudades hasta que han descubierto las ciudades turísticas del Mediterráneo y se han instalado allí como sus ocupantes más destacados. Ingentes masas de jubilados de Europa, a quienes el brusco corte con su sociedad a través de la desvinculación con el trabajo les ha producido un notable desgarró o marginalidad social en sus propias ciudades, ven con buenos ojos el inicio de una nueva vida en lugares ajenos y anónimos bañados por el sol. Diríase entonces que el viejo de nuestros días es como un turista de poder adquisitivo bajo pero permanente, un turista trescientos sesenta y cinco días al año, un turista a dedicación completa. Y que la arquitectura genuina de nuestro tiempo destinada a la vejez no sería otra que la misma arquitectura, anónima, convencional e informe, destinada a las masas de turistas.

No sé que es peor, si ver a los viejos en un penal como el de Badajoz, en una boutique como la de Madrid o



f 6

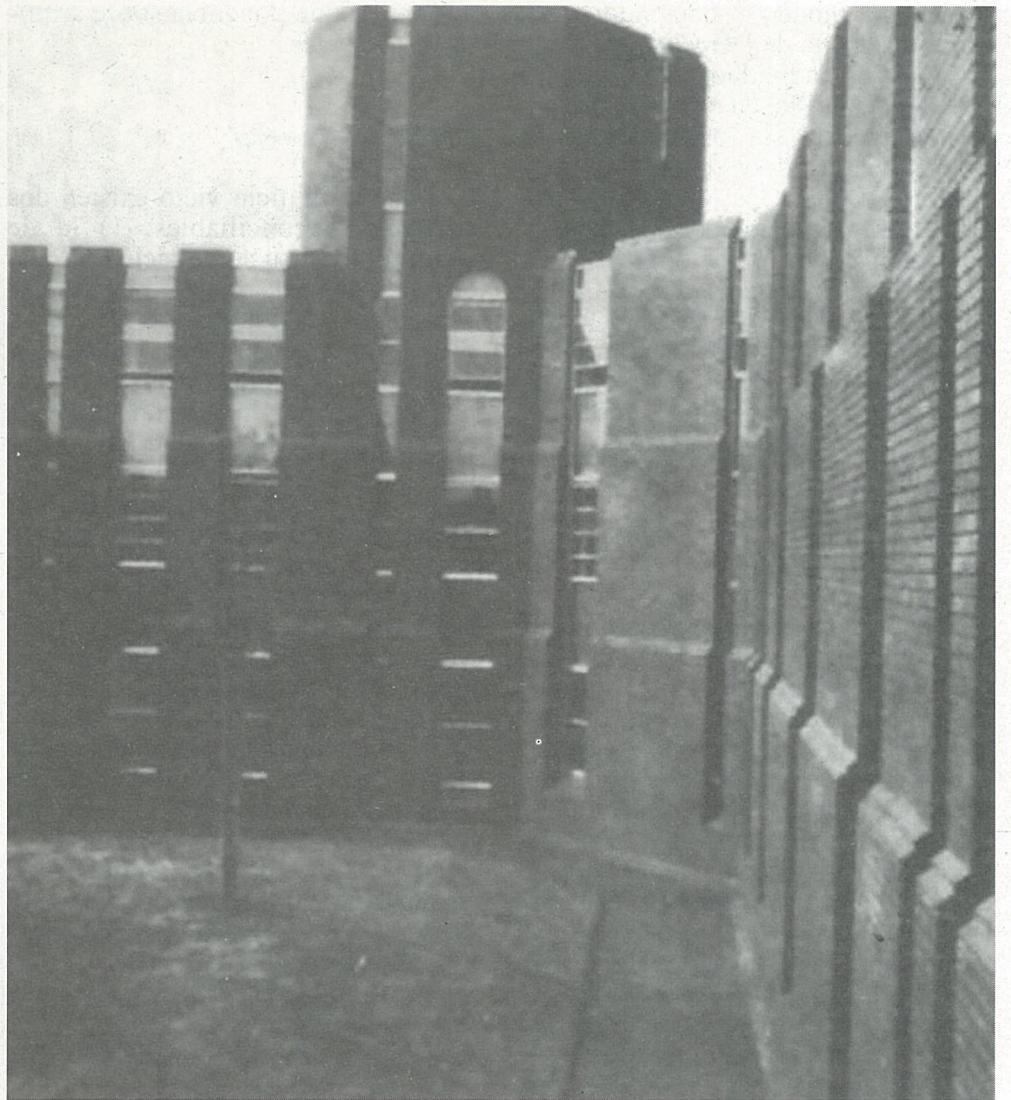
comprándose un apartamento en Torrevieja (nombre sugerente donde los haya para pasar la vejez). No sé si vale la pena buscar una redefinición de los asilos como equipamientos urbanos o permitir que los viejos se disuelvan como clase social mezclados con los turistas. Los datos estadísticos o las noticias de experiencias concretas pueden ser referencias que nos guíen en la indagación. El País del 14 de febrero del 2000 publicaba una página dedicada al problema de la ubicación de los ancianos españoles en la que se daba la cifra de que en España hay 6,5 millones de personas mayores de 65 años y que entre ochenta o noventa mil de ellos (un 13% más o menos) están en listas de espera para tener plaza en residencias públicas. Según los responsables de Asuntos Sociales, quienes buscan plaza en esos asilos desean no alejarse mucho de su barrio, de sus amigos o de su familia, o sea, seguir arraigados a sus ciudades. Otro ejemplar de El País, éste del 23 de marzo de 1999, traía como reportaje la experiencia de 122 pensionistas malagueños que habían preferido autogestionarse su vejez construyéndose una residencia propia, ajenos a las listas de espera de los asilos institucionales o a las ofertas de apartamentos turísticos. Al margen de las plazas del Estado o de las ofertas del Mercado, la experiencia de los jubilados malagueños tiene todos los aires de una Icaria o de una Comuna anarquista, por lo que cualquier investigador social que se precie ha de hacer un seguimiento detallado de esta vía intermedia entre el asilo y el apartamento turístico. Desgraciadamente he de decir que la imagen arquitectónica que ofrecía la residencia en cuestión no distaba de los habituales apartamentos turísticos en

ladera, aunque también es posible que en su interior albergase alguna novedad espacial.

4. Una teoría de la vejez

Incapaz de proponer por mi parte soluciones arquitectónicas a los problemas así planteados, y escéptico ante las soluciones que pueda aportar la cultura arquitectónica de mi tiempo (una cultura cuyos rasgos más definitorios son la abstracción de formas, la ausencia de símbolos y la negación de la decoración), yo creo que lo más pertinente es redefinir el problema en su origen, esto es, hacer alguna aportación a la teoría de la vejez en nuestro tiempo y sobre todo atacar a ese brusco corte de los 65 años que todo el mundo acepta como si de una imposición divina se tratara.

En mi esquema de la vida humana, un esquema sencillísimo que he buscado sin éxito por diversos autores y obras a ver si ya lo habían propuesto, sólo hay tres etapas claramente diferenciadas: una es la anterior a la crianza, otra es la relativa a la crianza y la tercera es la etapa posterior a la crianza; es decir, me parece que la crianza o reproducción de la especie es el acto central de la vida del hombre, y que proponer otros centros como la vida laboral o las cifras de unas edades determinadas, es sin duda mucho más artificial y enajenante. Como artificial y enajenante es la institución familiar prolongada más allá de la crianza con fines tan dispares como santificar el sexo para Dios o garantizar una cierta asistencia social en la vejez. El periodo que va desde que nos dejamos seducir por una hembra o un macho para iniciar la reproducción hasta el mo-



f 7

mento en que esos hijos creados por nosotros se van de nuestro lado por cansancio, por edad o porque se han visto seducidos a su vez por una nueva hembra o macho, constituye el núcleo de la vida de los seres humanos. Antes de él, uno está vinculado a sus progenitores, durante ese periodo está vinculado a su pareja y a los hijos; y luego..., luego..., bueno, esa es la pregunta sin respuesta. Nadie ha sido capaz o nadie que yo sepa ha querido definir e institucionalizar, con un rito incluso, ese momento en que la crianza se acaba y el grupo familiar se disuelve. Aún a sabiendas de que la familia carece de sentido porque ya no existe seducción alguna entre los miembros de la pareja, y porque los hijos no nos necesitan para nada, los hombres y mujeres de nuestro tiempo (o de casi todos los tiempos) viven con la ilusión de que el grupo familiar que se formó para la crianza es indefinido y que, como tal, constituye una aceptable salvaguarda contra la soledad. Acabada la crianza, -completo así la definición de mi sencillo esquema vital- los seres

humanos ingresamos en la vejez, naciendo como verdaderos individuos aislados y diferenciados. Y ese renacimiento precisa, a mi juicio, de una definición y un rito; precisa, por supuesto, de una nueva arquitectura en la ciudad.

En las distintas épocas de la historia, esas personas que han acabado la crianza, esos "viejos" así definidos, se han dedicado con frecuencia a los asuntos públicos, a los negocios, al pensamiento o al retiro. La soledad (esa soledad que tendrá expresión definitiva en la muerte) se constituye en la clave de su existencia y tiene dos expresiones antagónicas: bien la aceptación, mediante el retiro de lo urbano (a un monasterio, al campo, -ahora al turismo anónimo y masivo); o bien la negación, mediante el estrechamiento de los lazos urbanos. Los viejos son los que verdaderamente optan por la ciudad o por su aniquilación, porque los otros, los que están ocupados con la crianza, siempre antepondrán los problemas de su núcleo biológico a los problemas urbanos. Si el genuino

f 8



ciudadano moderno construido con Carta tras Carta de Derechos ha llegado a ser un individuo perfectamente aislado e identificado como unidad, ese individuo es sin lugar a dudas el "viejo" una vez desvinculado del proceso de crianza. (De lo contrario podríamos seguir dando por buena aquella organización pseudodemocrática que Franco estableció en sus Cortes con el llamado tercio familiar: o los ciudadanos son parte de una familia, o de un sindicato, o del partido único o no son ciudadanos sino seres fuera de la política, fuera de la ciudad; seres marginales.)

5. La ciudad vieja

Establecida esa nueva definición del viejo como el verdadero ciudadano, es preciso que volvamos nuestra mirada a la ciudad y a sus problemas arquitectónicos y urbanos. Mientras que la arquitectura moderna iba arrasando durante el transcurso del siglo XX cualquier simbología de representación urbana, poco a poco iba naciendo también una nueva sensibilidad por lo que se ha dado en denominar con términos bastante lamentables "el patrimonio histórico" de las ciudades. Una de las inquietudes que definen la cultura arquitectónica de nuestra época ha sido la de tratar de respetar toda aquella arquitectura antigua en trance de desaparición, toda aquella arquitectura vieja que trajera a estos tiempos de disolución urbana la simbología de representación que tuvo en otros momentos. El interés por lo viejo como significativo urbano frente a la ingente masa de bloques de viviendas de noventa metros cuadrados destinadas a las familias en crianza, ofrece la interesante sugerencia de enlazar a esos nuevos ciudadanos aquí definidos y llamados "viejos", con esa ciudad vieja que todavía está ahí subsistiendo entre el marasmo de arquitecturas insignificantes.

Hasta hace muy pocos años, y antes de que las descalabradas políticas sociales y urbanas de los socialistas primero y de los populares después, dieran al traste definitivamente con la vida del Casco Viejo de mi ciudad (Logroño) metiendo indistintamente bares, instituciones públicas o museos, podía observarse que dicho Casco Viejo estaba mayormente habitado por viejos, cuyos hijos, ya criados, se habían ido a criar a su vez a los bloques de viviendas construidos al efecto en el casco nuevo. Fue una situación coyuntural y breve en la historia de la ciudad pero muy interesante y tremendamente significativa. Parecía natural y hermoso que los viejos vivieran en el Casco Viejo y que los jóvenes se instalaran en los barrios modernos. Cuando yo vivía en Barcelona a comienzos de los setenta también recuerdo que se decía que la población de la parte vieja de la ciudad era mayoritariamente vieja.

En los innumerables Cursos, Seminarios, Jornadas y todo tipo de publicaciones que se han producido durante los treinta últimos años sobre el tema del "patrimonio histórico" de las ciudades no he encontrado ni una sola ponencia que tratase sobre el fenómeno natural del envejecimiento y muerte de los edificios como reflejo del propio envejecimiento y muerte de los hombres. Así que tengo que hacer a continuación un apunte apresurado de lo que

podría ser una ponencia sobre arquitectura y vejez.

6. Ruina y vejez

Ante un edificio viejo existen dos posturas irreconciliables: 1) la de quien propone su aniquilación, y 2) la de quien postula salvarlo. Las razones que han movido a quienes a lo largo de la historia han propuesto la desaparición de los edificios han sido variopintas, pero por lo general puede aceptarse que la principal ha sido siempre la de la sustitución de una cultura por otra: el cristiano construye la catedral derribando la mezquita (el híbrido caso de Córdoba tiene su gran atractivo justamente en su excepcionalidad), la catedral renacentista hace caer la románica (aquí la hibridación excepcional se sitúa en Salamanca), etc. Mis mayores sorpresas estudiando historia de la arquitectura me las he llevado al leer el desprecio que desde una época de la historia se hacía a la anterior: los renacentistas llamando bárbaro a lo gótico; los neoclásicos arremetiendo sin piedad contra el barroco; y ya no digamos a Le Corbusier y los modernos despreciando a los historicismos del XIX. Sólo en nuestra época parece haberse detenido ese desprecio cultural a los viejos edificios o las zonas viejas de la ciudad.

La vida de los edificios como un todo orgánico es variable y para dar unas cifras de referencia, podría oscilar entre los cincuenta y los quinientos años. Es difícil encontrar un edificio que mantenga sus mismos usos, sus mismos signos y su estabilidad constructiva por encima de esa edad. Además de ello, a lo largo de la vida de un edificio, éste ha de soportar sucesivas operaciones de mantenimiento y conservación que o bien le pueden mantener en su esencia original o bien pueden dar al traste con ella. Las reformas sobre un edificio viejo han dado lugar a teorizaciones sobre "la intervención en el patrimonio" que se han prodigado estos años entre los partidarios de la segunda postura antes definida, esto es, la del no derribo del edificio; y que a la postre se han definido en torno a dos actitudes más o menos claras proporcionadas por dos grandes figuras de la cultura arquitectónica del siglo XIX: Ruskin y Viollet le Duc. Mientras la actitud del primero sería más o menos la de momificar al edificio viejo como a un faraón para que viva eternamente, la del segundo estaría más en la línea de hacerle todo tipo de intervenciones quirúrgicas y cirugías plásticas para que parezca más o menos lo que fue en su juventud. Sesudos arquitectos debaten caso por caso el acierto de una u otra postura en cada edificio concreto con sus estrechas miradas de entomólogos o de coleccionistas, sin plantearse en ningún caso que la totalidad orgánica del edificio ya ha desaparecido porque ya no hay dioses que lo habiten o ni siquiera hombres que lo entiendan. Los edificios pasan a ser otras cosas dentro de la ciudad, -por ejemplo dejan de ser palacios habitados por señores para convertirse en museos visitados por turistas, etc.-, siempre y cuando una poderosa razón económica no mueva a su aniquilación absoluta. Nuestra declaración de ruina, o sentencia de muerte de un edificio, obedece en la actualidad no a razones de renovación cultural sino a razones económicas. La ciudad que va dejando vivir a unos



f 9

edificios y mata a otros ya no es tanto un marco de representación social y cultural o una plaza estratégica y militar, sino sobre todo un mercado económico en el que no sólo los edificios, sino sobre todo los solares que ocupan, tienen valores o alcanzan cifras absolutamente determinantes sobre la vida de los edificios. O dicho de otro modo: la salud y la vida de un edificio como un todo orgánico ya no está ligada a la vida de los hombres que lo construyeron o a los hombres que lo mantienen sino a las variables de un mercado que genera la ciudad como sistema económico autónomo, y cuyas leyes están siempre por encima de las otras razones de los hombres (véase también mi artículo: De la muerte de los edificios).

A caballo entre los siglos XX y XXI, empezamos a saber que la vida de los hombres está ligada a un mapa genético que parece que vamos a ver en breve y a una crianza que se aventura sustituible por la programación genética. La muerte de los hombres está aún ligada al azar o a programaciones genéticas de degeneración de las células o de los órganos vitales que los científicos se afanan por desentrañar. Por su parte, la muerte de los edificios depende de su propio valor funcional en relación con las operaciones de reconstrucción, -tal y como establece el principio legal de la declaración de ruina- o, al margen de ello, del valor económico del solar que ocupa dentro del organismo de la ciudad. Y la vida de los edificios, por último, estaría mas bien ligada a una primera funcionalidad o a una prestación de servicios comparable con lo que aquí venimos denominando crianza.

Pues bien, al menos en la era anterior a la programación genética, edificios viejos y hombres viejos serían todos aquellos que hubieren acabado su ciclo de funcionalidad o de reproducción y estuviesen a la espera de que u-

na ley económica del mercado de la ciudad acabase en demolición o a que una gripe asiática, un infarto o cualquier otro mecanismo de aniquilación, diese con nosotros en el cementerio. Cuando digo que tales edificios y tales hombres pueden llegar a entenderse por afinidad de destinos, y que esa idea es hermosa y sugerente (f9), ha de entenderse que quiero negar para mi época la existencia de una arquitectura específica, de una arquitectura nueva que acoga a los viejos.

El panóptico, la boutique o los apartamentos de la playa no serían deleznable por sus tipologías, por la abstracción formal, o por su convencionalidad, sino sobre todo porque son edificios nuevos.

7. Conclusión

Como elemento urbano no inmueble, el coche tiene también alguno de los atributos de un edificio. Mi viejo padre tiene un Rover 2000 de hace más de veinte años que siempre tiene alguna avería. Hace algún tiempo le decía que lo cambiara por uno nuevo hasta que un día me dí cuenta de la belleza de la historia: "mi coche está tan viejo como yo -me decía cada vez que le preguntaba por el estado su estado de salud o por las averías del coche-, pero creo que soy yo el que le voy a sobrevivir y que ya nunca me compraré otro".

El viejo mas sabio es el que ha sobrevivido a su coche y no pertenece a la casa en que duerme. El viejo más viejo es el que ya no tiene una casa, sino que ésta es su ciudad.

Así que debemos cuidarlos como nuestro mayor "patrimonio urbano" y evitar que emigren al sur o sean encerrados en una institución porque como decía Temístocles, hace ya mucho: "sólo la ruina nos preserva de una ruina mayor".

jesús ramos

DESAMPARADOS 8 : CEMENTERIO MUNICIPAL DE LOGROÑO

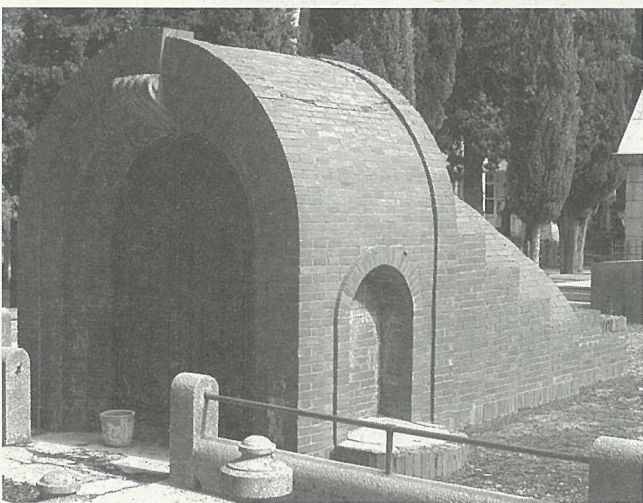
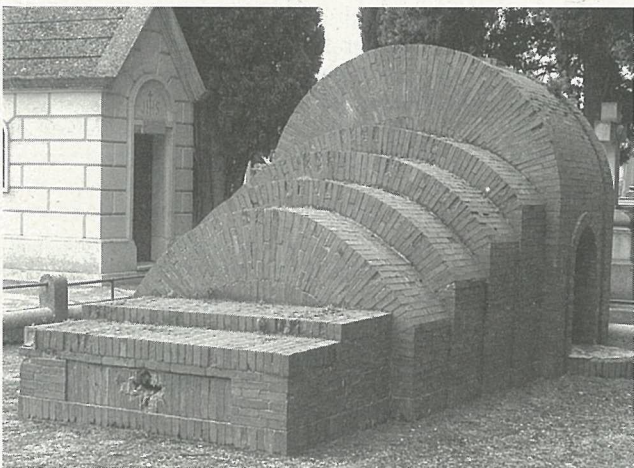
En ese barrio están dos de los panteones más llamativos del cementerio (2), pero a mí, en mis primeras aproximaciones, hace más de 30 años, también me llamaron la atención unas placas situadas en el cerramiento de acceso, que contenían diversos versos para ayudar a la reflexión sobre la vida y la muerte, de las que ahora sólo he visto que queden 2 tras la vegetación, el resto me temo que han sido enfoscadas en alguna reforma.



Panteones historicistas en el "Casco Antiguo"

A finales del s.XIX el ayuntamiento decide ampliar el núcleo inicial, hacia el Este, creando un ensanche por medio de calles en retícula, siguiendo las direcciones del "casco antiguo", con lo que ambos "barrios" quedan integrados.

En este ensanche se distingue un "barrio de ricos" -no parece que queramos que la muerte nos iguale-, donde construyen sus ostentosos panteones las familias más poderosas de la ciudad, al oeste de la capilla que presidirá el conjunto. También en esa zona está un curioso panteón a base de semicilindros de ladrillo que evidencian el descenso de la escalera hacia el subsuelo, posiblemente proyectado por Fermín Álamo o por Agapito del Valle, aunque me parece estilísticamente más próximo a éste.



Panteón que expresivamente recoge el camino de vuelta a la tierra del ser humano.

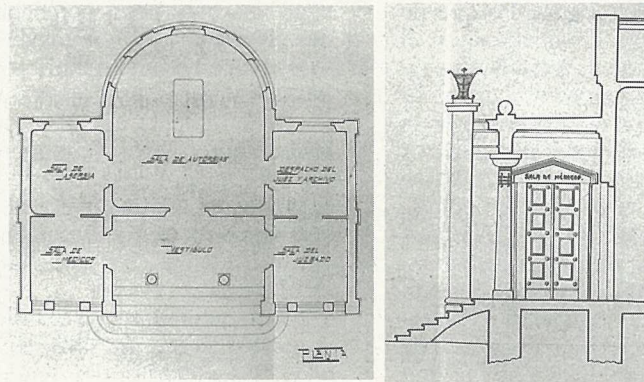
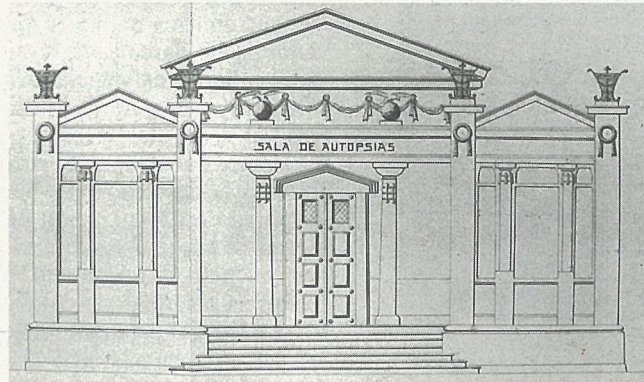
Luis Barrón proyecta entre 1884 y 1886 al menos la portada de acceso del "ensanche", que coincide con el vial central del mismo, y la citada capilla, que cierra ese vial al norte, pues el acceso se mantiene enfrentado a la ciudad de los vivos.

En 1887 también le encargan a Luis Barrón reordenar el cementerio antiguo, pero éste confiesa la inviabilidad de la tarea. Es curioso como el mismo arquitecto en 1893 se atreve a reordenar sin mayor rubor la ciudad de los vivos.

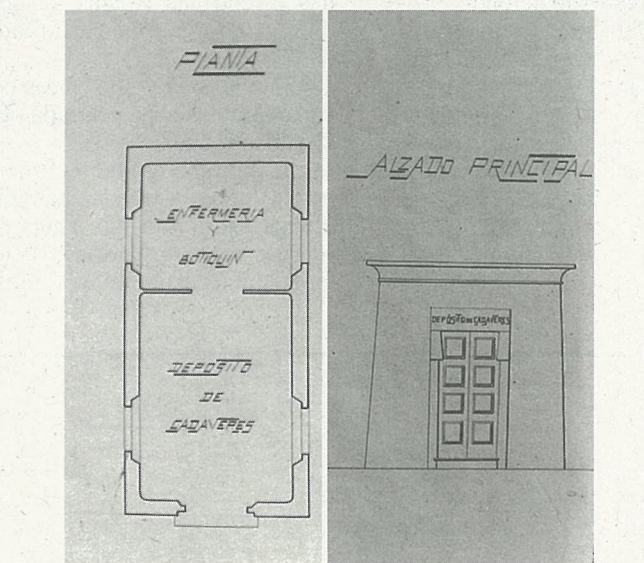
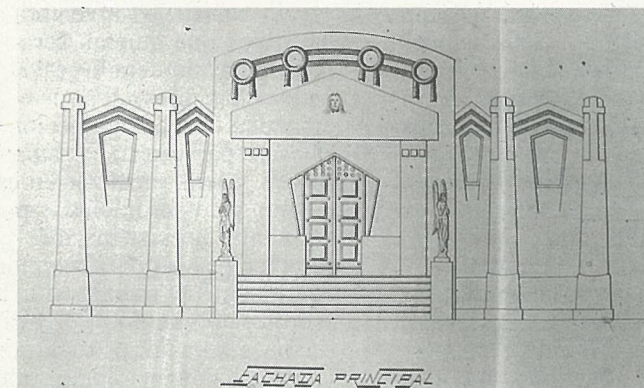
En 1912 Fermín Álamo proyecta diversos "edificios

dotacionales" para la ampliación que quizás también él, proyecta al Norte.

Por no aburrir al lector incluyo fotos de los planos más significativos de algunos de ellos, donde se puede apreciar un tipo de arquitectura que cayendo en tópicos funerarios y contaminada de elementos historicistas, se ve enriquecida por una búsqueda de elementos arquitectónicos diferenciadores. Creo que ninguno de los edificios fue construido, quizás por el demoledor informe que en 1913 redacta el compañero Julián Sáenz Iturralde.



Planta, Alzado y Sección de la Sala de Autopsias



Depósitos de Cadáveres: Alzado del Católico y Planta y Alzado del Civil. La arquitectura como reflejo de la sociedad.

Finalmente sí se realiza el "segundo ensanche", con lo que se alcanza el ámbito que ahora conocemos, -salvo en una reciente ampliación al Este-, siguiendo la trama de la primera ampliación y por tanto integrándose en el conjunto.

En esa ampliación los accesos se plantean hacia la carretera de Navarra, y hablo en plural pues se realizan dos, uno para el Cementerio Católico y otro para el Cementerio Civil, "gueto" que ya existía en etapas anteriores y que ahora se traslada. Por las características formales de las portadas de esos accesos, hasta cierto punto semejantes a los edificios antes citados, me atrevería a decir que fueron proyectadas por Fermín Álamo, pero no he encontrado documentación al respecto.



Portada de acceso al Cementerio Católico



Portada de acceso al Cementerio Civil

Entre los continuos descubrimientos que voy realizando en esta ciudad de los muertos, en la que también habitan un cierto número de religiosos constituyendo su residencia el "lugar de vivos", fue especialmente sorprendente el ver por el espejo retrovisor del coche al abandonar el lugar, un escudo reaprovechado como sillar en una de sus tapias. Premio de caña al lector que lo localice y de caña con tapa al que encuentre otra pieza similar.



Escudo reutilizado como sillar

También puede el paseante comprobar como el cementerio no sólo sirve para las personas, sino también para ciertos monumentos, como el dedicado a Los Caídos que presidía la Av. General Franco, ahora afortunadamente Av. La Paz.

Puede resultar chocante haber traído el cementerio a esta columna, pero lo he considerado necesario para llamar a la reflexión, tanto por lo inexcusable del mantenimiento de sus valores urbanísticos, arquitectónicos, -muchos de sus elementos están pidiendo una rehabilitación a gritos-, o simplemente escultóricos o etnográficos, como ante futuras ampliaciones, que debieran hacerse con la necesaria visión global del conjunto y con la suficiente previsión, y no con la corta perspectiva que da resolver problemas coyunturales, por muy urgentes que sea su resolución. Sirva también esta columna para animar a algún paciente estudioso a realizar un análisis e inventario de todos los elementos que contiene esa "otra ciudad".

1. Una vez más tengo que agradecer a los funcionarios del Archivo Municipal no sólo su eficacia en la búsqueda de la documentación, sino su enorme afabilidad en el trato, su disponibilidad y sugerencias. En esta ocasión Isabel Murillo me facilitó sobremedura la consulta de la prolija documentación, que por supuesto no puede ser sino superficial por mi parte, y a ella debo prácticamente todos los datos que cito, y Julio Arnáiz me relató de memoria la cita de Cela, que no he podido dejar de incluir pues no cualquiera es citado en una obra de literatura de fama universal.

2. Ver ARTE FUNERARIO NOVECENTISTA EN EL CEMENTERIO DE LOGROÑO. Cuadernos de Investigación e Historia, Tomo X, fascículo II, 1984, artículo de Carlos Royero Hermosilla.

ACTIVIDADES CULTURALES,
ACTIVIDADES COLEGIALES

Que el Colegio de Arquitectos es, cada vez con más claridad, el referente en materia de arquitectura y urbanismo para la sociedad riojana, lo pone de manifiesto la demanda creciente de tomas de postura ante las decisiones de la Administración o las iniciativas de los particulares en cuestiones relacionadas con el desarrollo urbano, el mantenimiento del patrimonio construido y la calidad arquitectónica de la edificación actual.

Que la Comisión de Cultura coayuda, como parte de la estructura del COAR con proyección pública, en dar respuesta a dichas cuestiones lo demuestra la continuidad, año tras año, en la organización de exposiciones, jornadas, charlas, elaboración de informes, etc...

Pero todas estas iniciativas, cuyo objetivo es propiciar la reflexión y el debate sobre la arquitectura, alcanzan un mayor sentido cuando en su desarrollo se produce la implicación de los arquitectos, constituyendo así una forma más de "hacer Colegio y Arquitectura".

Si las llamadas "actividades culturales" del COAR van ganando, poco a poco, eco dentro de nuestra sociedad es fruto de la apuesta por la vinculación de las mismas con nuestra realidad social y arquitectónica, y como referencia incompleta, a modo de ejemplo, podríamos citar las exposiciones y conferencias acerca de las intervenciones sobre terrenos ferroviarios en otras ciudades, o respecto a las propuestas para la zona de Valbuena en Logroño, o las citas bianuales de las Jornadas de Intervención en el Patrimonio Histórico-Artístico y las exposiciones "Arquitecturas en La Rioja".

Quizá con otra perspectiva, en parte más doméstica en su sentido de realizadas con los de casa, uno se siente cómodo de haber colaborado en la organización del 2º Curso de "Arquitectura y Ciudad", promovido por el COAR y la Universidad Popular de Logroño como continuación de la experiencia del año anterior, así como en la realización de la exposición "En proceso: de la idea al proyecto arquitectónico", actividades bien diferentes entre sí, pero con el lugar común de que en ambas ha colaborado un importante número de arquitectos de nuestro Colegio, y en las que a través de sus contenidos se ha provocado, de alguna forma, un reconocimiento a nuestro trabajo.

En el primer caso, con una asistencia fija interesada por la arquitectura y fiel a la cita semanal del curso, las sucesivas explicaciones de más de treinta arquitectos riojanos, presentando sus obras, han supuesto una suma de reflexiones y propuestas que trasladaban a los asistentes cuánto de común y de diferente, pero sobretodo de interés, hay en mucha de la arquitectura que se realiza en La Rioja, rompiendo con el latiguillo de que "todos los edificios que se construyen son iguales", y aproximándolos al conocimiento de nuestro trabajo con sus limitaciones y aciertos.

En cuanto a la exposición "En proceso: de la idea al proyecto arquitectónico", independientemente de posibles carencias o errores, su sentido radicó en la positiva respuesta colectiva que se dio participando con nuestros croquis y maquetas, haciendo del encuentro de diversos modos y actitudes proyectuales un discurso común en el que las individualizaciones se integraban sin estridencias y en cuyas imágenes se iden-



tificaban otros arquitectos que no habían presentado sus trabajos. Porque de esto se trataba, de reconocernos, en el doble sentido de volver a conocernos y de valorar el trabajo propio o ajeno como algo común, y no de destacar la "buena mano" o brillantez de las particularidades.

Este tono de encuentro colectivo, con contrastes y similitudes, no hace más que continuar otras muchas situaciones que la propia actividad cultural del COAR provoca, independientemente del contenido específico del acto o de su mayor o menor vinculación con nuestro ejercicio cotidiano.

La exposición que tendremos durante el mes de septiembre sobre "Diseño Gráfico y Arquitectura. Publicaciones Soviéticas (1918-1953)" y la conferencia que impartirá el comisario de la misma, el arquitecto Carlos Flores, nos ofrece ese cruce de miradas entre arquitectos, artistas plásticos, diseñadores, etc... que gira entorno y se plasma en la difusión de la arquitectura en unos singulares momentos socio-culturales, y que enlazaría con la exposición, presentada hace dos años en el COAR, sobre la revista holandesa "Wendingen", coetánea en parte con el período en el que se mueve esta nueva exposición.

Pero además del interés por refrescar las imágenes y conceptos de la vanguardia arquitectónica soviética o las influencias del movimiento moderno y su posterior decadencia, esta exposición nos permite una vez más coincidir en la sala de actos, en la exposición o en la bodega del Colegio hablando de arquitectura o no, pero en cualquier caso encontrándonos.

SERPIENTES DE VERANO

Este verano creo que ha sido atípico en muchos aspectos. El clima, por supuesto, pero también la actualidad, han hecho que los periodistas no hayan tenido que buscar por el lago Ness temas con que rellenar sus normalmente famélicos diarios veraniegos.

Entre los temas de actualidad no han faltado los que hacen relación a nuestro patrimonio.

El primero que traigo a colación tiene que ver con los azulejos que existían en la Vaquería de Samalar de Logroño. Hace tres años realicé la asistencia técnica al Proyecto de Expropiación de la finca, y para mi sorpresa al visitar la vivienda que en ella existía, a parte del estupendo jardín, cuyos ejemplares más destacados se han mantenido en las obras de urbanización en ejecución, me encontré con una azulejería digna de mención, incluso en un trabajo "sin alma" como decía una persona que colaboró conmigo.

¿Cuál es el protocolo a seguir en ese caso?. No existe un estudio serio que ponga en valor ese tipo de elementos, ni creo que exista una clara legislación para proteger unos elementos decorativos de carácter industrial, existentes en un edificio que en su conjunto no tenía mayor interés arquitectónico.

Si que intenté que al menos no fueran a la escombrera, pero legalmente el propietario expropiado estaba autorizado a rescatar todos los elementos existentes en la propiedad, y cuando se fue a realizar el derribo, según me cuentan, los azulejos ya no estaban en el edificio.

Creo que realmente el fallo está en el sistema. No existe un "PROYECTO" de Protección del Patrimonio, que es un concepto muy amplio que puede dar lugar a una casuística muy amplia y no prevista.

No bastan los inventarios, que por exhaustivos que quieran ser siempre tendrán lagunas, ni siquiera los estudios de determinados elementos, -los sucesivos casos relacionados con la producción de Cerámicas Moreno parecen haber animado a Enrique Mtnez. Glera a realizar un estudio sobre la misma, pero por iniciativa propia-, sino que hace falta un sistema más global que con carácter preventivo, ejecutor y supervisor continuamente trabaje en el mantenimiento y protección de nuestro patrimonio. Y para eso hace falta una estructura suficientemente dotada, con un trabajo continuado bajo unas directrices fijadas de común acuerdo, para que no sufran perturbadoras variaciones.

Esta noticia venía en los periódicos enlazada con la desaparición de otros azulejos en el edificio de Correos. Al parecer en el proyecto figuraba el mantenimiento de los mismos. Vuelve a quedar patente la necesidad de esa estructura que antes reclamaba, que no sólo ha de aprobar proyectos de intervención, sino que tendrá que vigilar su posterior

ejecución, vigilancia que actualmente es prácticamente inexistente, con lo cual los condicionantes de ejecución se vuelven inútiles.

Cambiando de tercio pasamos a la supuesta venta del Colegio de los Hermanos Maristas de Logroño que, aparte de la trascendencia en la evolución del mercado del suelo -éste no necesita protección-, tiene trascendencia también en nuestro patrimonio y en nuestra ciudad.

El edificio que posiblemente desaparezca, fue proyectado por Agapito del Valle en 1925, el cuerpo de la calle Calvo Sotelo, y ampliado por el mismo arquitecto en la década de 1950 cuando se construye el cuerpo de la Avenida de Colón.

Independientemente de los recuerdos de infancia y juventud que puede traernos a muchos de nosotros, no creo que sea un edificio de especial valor arquitectónico. Personalmente sentiría más la desaparición de los edificios del mismo autor que he traído a la columna de Desamparados que éste, que se ve totalmente dominado por un eclecticismo-historicista que no pretende nada más allá de la ostentación, y por supuesto lo considero de mucho menor valor que el Chalet de los Sevillas de Arnedo, por cierto otra noticia veraniega era esperanzadora en lo relativo a su mantenimiento.

Dicho esto habría que pensar que la operación que se está planteando desde luego va a tener una gran trascendencia en el diseño urbano de esa parte de la ciudad, y que debiera llegar a ser un elemento enriquecedor de la misma. Quizás incluso fuese planteable, y puede que deseable, el mantenimiento del cuerpo inicial del colegio, materializando el sagrado aprovechamiento en el resto de la amplia parcela, por varios motivos:

- No deja de ser un testimonio válido de la arquitectura que se hacía en Logroño en la época. Su diseño academicista hoy denostado en general, puede ser valorado con criterios más imparciales que los que algunos podamos aplicar.

- Este tipo de edificios han acabado convirtiéndose en hitos y referencias del paisaje urbano, que se convierten a su vez en elementos diferenciadores de la ciudad.

- Es un contenedor muy adecuado para determinados usos dotacionales, que si fueran públicos no consumirían nada de los codiciados y carísimos aprovechamientos.

- Desde luego son contenedores más dignos e idóneos que las plantas bajas en las que acaban arrinconándose usos institucionales, por ejemplo el INEM de la misma calle.

- Se evitaría que el edificio de viviendas que se construyó en su testero oeste, imitando formalmente algunos de sus elementos, se quedara ..."compuesto y sin novia".

